Cuadernos

Historia 16

250 PTAS



Ampurias

Enric Sanmartí-Grego

55

Cuadernos
Historia 16

Plan de la Obra

1. La Segunda República Española • 2. La Palestina de Jesús • 3. El Califato de Córdoba • 4. El Siglo de Oro, 1 • 5. El Siglo de Oro, 2 • 6. Faraones y pirámides • 7. La Castilla del Cid • 8. La Revolución Industrial • 9. Felipe II • 10. La medicina en la Antigüedad • 11. Los Reyes Católicos • 12. La mujer medieval • 13. La Revolución Francesa, 1 • 14. La Revolución Francesa, 2 • 15. La Revolución Francesa, 3 • 16. El Egipto de Ramsés II • 17. La invasión árabe de España • 18. Los Mayas • 19. Carlos V • 20. La guerra de la Independencia, 1 • La guerra de la Independencia, 2 • 22. La Hispania romana • 23. Vida cotidiana en la Edad Media • 24. El Renacimiento • 25. La Revolución Rusa • 26. Los fenicios • 27. La Mezquita de Córdoba • 28. La Reforma en Europa • 29. Napoleón Bonaparte, 1 • 30. Napoleón Bonaparte, 2 • 31. Los iberos • 32. Recaredo y su época • 33. Los campesinos del siglo XVI • 34. La Inglaterra victoriana • 35. El Neolítico • 36. Los Aztecas • 37. La Inglaterra isabelina • 38. La II Guerra Mundial, 1 • 39. La II Guerra Mundial, 2 • 40. La II Guerra Mundial, 3 • 41. Tartessos • 42. Los campesinos medievales • 43. Enrique VIII • 44. La España de José Bonaparte • 45. Altamira • 46. La Unión Europea • 47. Los reinos de taifas • 48. La Inquisición en España • 49 Vida cotidiana en Roma, 1 • 50. Vida cotidiana en Roma, 2 • 51. La España de Franco • 52. Los Incas • 53. Los comuneros • 54. La España de Isabel II • 55. Ampurias • 56. Los almorávides • 57. Los viajes de Colón • 58. El cristianismo en Roma • 59. Los pronunciamientos • 60. Carlomagno, 1 • 61. Carlomagno, 2 • 62. La Florencia de los Médicis • 63. La Primera República Española • 64. Los sacerdotes egipcios • 65. Los almohades • 66. La Mesta • 67. La España de Primo de Rivera • 68. Pericles y su época • 69. El cisma de Aviñón • 70. El Reino nazarita • 71. La España de Carlos III • 72. El Egipto ptolemaico • 73. Alfonso XIII y su época • 74. La flota de Indias • 75. La Alhambra • 76. La Rusia de Pedro el Grande • 77. Mérida • 78. Los Templarios • 79. Velázquez • 80. La ruta de la seda • 81. La España de Alfonso X el Sabio • 82. La Rusia de Catalina II • 83. Los virreinatos americanos • 84. La agricultura romana • 85. La Generación del 98 • 86. El fin del mundo comunista • 87. El Camino de Santiago • 88. Descubrimientos y descubridores • 89. Los asirios • 90. La Guerra Civil española • 91. La Hansa • 92. Ciencia musulmana en España • 93. Luis XIV y su época • 94. Mitos y ritos en Grecia • 95. La Europa de 1848 • 96. La guerra de los Treinta Años • 97. Los moriscos • 98. La Inglaterra de Cromwell • 99. La expulsión de los judíos • 100. La revolución informática.

Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

ISBN: 84-7679-286-7 (Fascículos)
ISBN: 84-7679-287-5 (Obra completa)
Depósito legal: M-13704-1996

Distribución en quioscos: SGEL
Suscripciones: Historia 16. Calle Rufino González, 34 bis
28037 Madrid. Tel. 304 65 75

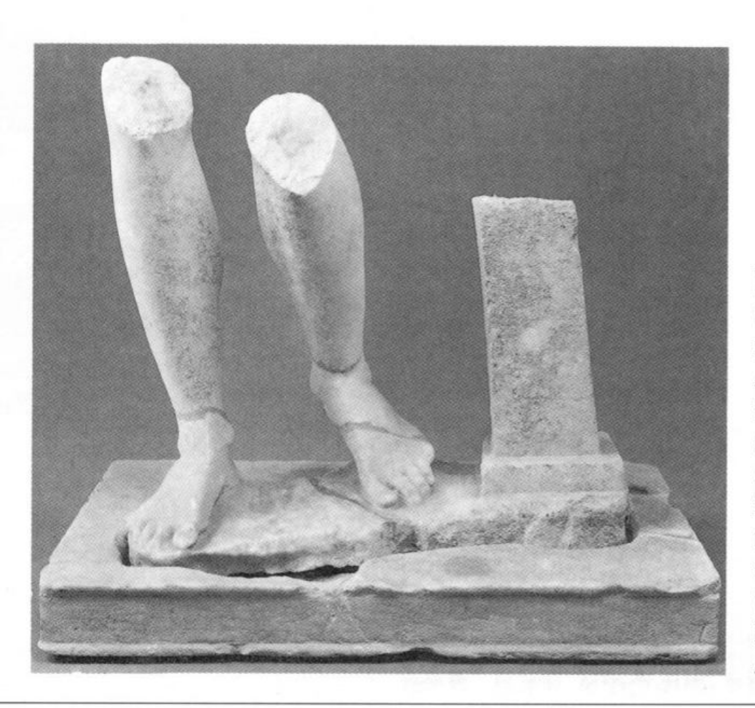
Fotocomposición y fotomecánica: Amoretti S.F., S.L.
Impresión: Graficinco, S.A.
Encuadernación: Mavicam
Printed in Spain - Impreso en España

Historia 16

Precio para Canarias, Ceuta y Melilla: 275 ptas.,
sin IVA, incluidos gastos de transporte.

Indice





En portada, zona central de la neápolis de Ampurias; izquierda, piernas de una escultura que debieron formar parte de la representación de una amazona (Museo Monográfico de Ampurias)



Ampurias

Por Enric Sanmartí-Grego
Director del Museo de Ampurias

Pocas ciudades antiguas del Occidente mediterráneo poseen un interés histórico y arqueológico tan acentuado como el que presenta la antigua ciudad griega, romana y altomedieval de Ampurias, cuya dilatada vida se extendió a lo largo de unos siglos en los que el mundo europeo meridional conoció, sucesivamente, la colonización griega; la gestación, plenitud y caída del Imperio romano; la subsiguiente aparición de los reinos bárbaros y la emergencia del Imperio musulmán, a cuyo socaire, en nuestra Península, aparecieron los reinos y condados medievales cuya huella marca aún hoy de forma tan indeleble el ser y la idiosincrasia de la España moderna.

En todos estos formidables sucesos podemos afirmar que Ampurias jugó un cierto papel, modesto las más de las veces, más importante otras, pero siempre significativo, al menos en lo que atañe a ciertos aspectos relativos a la entrada en el ámbito peninsular de muchas influencias foráneas, pues no hemos de olvidar que fue ésta la única tierra conspicuamente griega de la Península; que fue también éste el lugar escogido por Roma para poner por vez primera el pie en Iberia y que, finalmente, fue Ampurias un lugar privilegiado en lo concerniente a la llegada y posterior difusión del cristianismo en Hispania. Si a todo ello le añadimos que hasta el siglo XI Ampurias constituyó la capital del condado de su mismo nombre, originariamente carolingio y más tarde independiente, comprenderemos el alto valor histórico de la ciudad y la notable y emblemática importancia que muchos de sus diversos restos materiales en ese sentido tienen.

Una de las zonas arqueológicas del sector griego de Ampurias

La Ampurias griega

LA fundación de Ampurias se inscribe en el haber y en la fase más tardía de la colonización griega, protagonizada en este caso concreto por el pueblo foceo ya desde los inicios del siglo Vl a. C. Gracias a Heródoto algo sabemos de esta colonización comercial focea, que llevó por vez primera a gentes de estirpe helénica a la exploración del extremo occidente, esto es, a la rica Andalucía, precisamente allí donde los fenicios, en arriesgadas navegaciones hacia lo ignoto, habían puesto el pie desde hacía ya dos siglos. Probablemente nunca sabremos si, como quería Laura Breglia, los foceos descubrieron primero Tartessos y remontado la costa ibérica fundaron algo más tarde las factorías de *Emporion* y *Massalia;* o bien si el proceso fue a la inversa, pero para el caso poco importa, pues lo que merece la pena es constatar en el siglo Vl la segura presencia física de los foceos en las costas provenzales y catalanas, y su más que probable llegada a las zonas de Huelva y Málaga, si tomamos en cuenta los abundantes hallazgos de cerámicas de precio y de ánforas comerciales del siglo Vl realizados en estas dos ciudades, preciosos testimonios de un comercio basado en la explotación de lujo mediante la práctica de la *emporía.* Era ésta un sistema de intercambio consistente en el trueque de objetos de prestigio manufacturados —joyas, bronces, cerámicas, perfumes, tejidos, etcétera— o de ciertos bienes de consumo alimentario muy apreciados, como por ejemplo el vino o el aceite de oliva, a cambio de materias primas, singularmente metales, entre los que sobresalían la plata, el estaño y el plomo, de los que el mundo oriental se hallaba escaso.

En un ambiente de exploración y de tanteo nada tiene de extraño que el primer establecimiento foceo emporita-

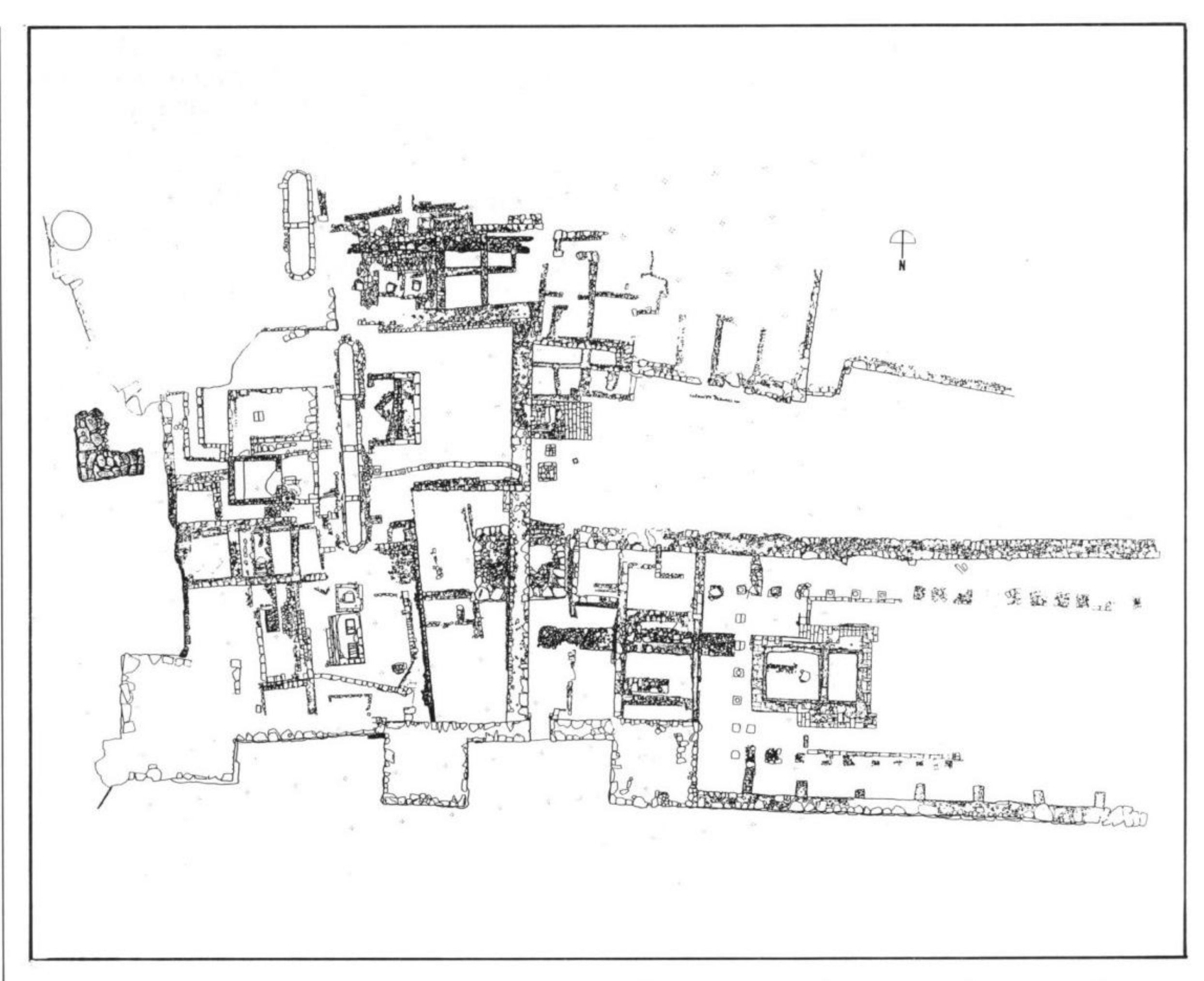
no fuera fundado por razones de seguridad en un islote cercano a la costa, en el mismo lugar donde hoy se levanta el pueblecito de Sant Martí d'Empúries, ubicado en el extremo meridional del golfo de Roses. Fue en este punto, junto al cual desembocaba un río, el actual Fluvià, donde los foceos encontraron un refugio seguro en el que asentarse, un lugar que lo mismo les sirvió de punto de aguada que de puerto, o de excelente cabeza de puente necesaria para poder lanzarse al descubrimiento y explotación de las costas mediterráneas peninsulares. De esta factoría ignoramos su nombre originario y sólo sabemos por el geógrafo Estrabón que más tarde, después de que los foceos hubiesen procedido, hacia el 550 a. C., a la fundación de un ensanche en la costa frontera al islote, recibía el nombre de *Paleopolis,* o ciudad antigua. De esta instalación fundacional poco es lo que sabemos, pues al haber pervivido sin práctica solución de continuidad la ocupación humana en este lugar, ésta ha destruido en buena parte los restos ocultos en su subsuelo; sin embargo, gracias a las excavaciones de los años 60, sabemos de la existencia de materiales arqueológicos fechables en el curso del siglo VI, modestos si se quiere, pero suficientes para probar la existencia aquí de una fundación griega ya en fechas tan tempranas.

Desde el punto de vista monumental, hay que suponer que aquí debió hallarse el templo de la Artemis de Efeso, la diosa nacional de los foceos, y se puede aventurar que sus restos deben encontrarse en el subsuelo de la actual iglesia parroquial. En ese sentido, cabría la posibilidad de que un friso jónico consistente en un par de esfinges opuestas entre sí, un gran capitel jónico hallado junto a la mencionada iglesia y algunos elementos arquitectónicos embebidos en la fábrica de la misma hubiesen pertenecido al templo arcaico antes citado.

Hacia mediados del siglo VI, una vez consolidada su presencia en la costa ampurdanesa gracias a su aceptación por parte de la población indígena, que pronto comprendió que las ventajas que traía consigo la presencia extranjera eran mayores que los inconvenientes, puesto que gracias a ella se le abría una ventana a los anchos horizontes del mundo mediterráneo, los foceos procedieron a fundar un segundo establecimiento en la costa situada al sur del islote, núcleo habitado cuyo paulatino crecimiento hasta alcanzar un nivel urbano aceptable, duró unos cien años. Así, a mediados del siglo V. más o menos hacia el momento de la transformación de la factoría en una auténtica *polis* —cuya vocación comercial queda atestiguada por el nombre que adopta y que figura abreviado en sus primeras monedas fraccionarias de plata, es decir, el de *Emporion,* que en griego significa mercado— vemos que la ciudad alcanza su primer límite meridional. Este, con posterioridad a estas fechas, aún fue retocado unas cuantas veces con el fin de mejor adecuar el espacio ocupado por sus santuarios, lo cual implicó unos coetáneos remodelados de los sucesivos frentes de muralla.

Con la única excepción de estos últimos elementos, poco es lo que sabemos aún del urbanismo y de la arquitectura doméstica del periodo clásico, y ello es debido a que sus restos se hallan ocultos bajo el nivel de la ciudad de época helenística, que es la que aparece ante nuestros ojos cuando visitamos Ampurias; sin embargo, recientes excavaciones han mostrado que las casas griegas no diferían en mucho de las contemporáneas ibéricas, de forma que en su construcción la tierra intervenía como material más utilizado, ya fuese bajo la forma de adobes para la elevación de los muros, que eran construidos sobre zócalos pétreos, o bien de masas de arcilla para la confección de los suelos de habitación o de los hogares.

Esta situación fue la que se mantuvo hasta fines del siglo III a. C., pues a partir de la entrada en escena de los romanos a raíz de la segunda guerra púnica, la ciudad conoció una nueva dinámica económica y cultural que la transformó en un centro de tipo helenístico dotado de los elementos necesarios para dar respuesta a unas nuevas exigencias que su nuevo rango de emporio distribuidor del comercio itálico en la Iberia levantina y septentrional requería. A esta época corresponde la última remodelación del frente de muralla meridional, la adecuación de nuevos santuarios, la creación de un *macellum* y de un *agora* con *stoa,* la construcción de una escollera para proteger el frente marítimo de la ciudad,



Planta del sector sur de la ciudad griega, con los santuarios y los diferentes y sucesivos estadios de la muralla meridional

así como la adaptación de las viviendas autóctonas a los esquemas propios de la casa itálica contemporánea y la introducción de los programas decorativos inherentes a la misma.

Los santuarios

Para encontrar en *Emporion* los primeros restos arquitectónicos seguros concernientes a un edificio templario nos hemos de remontar a la segunda mitad del siglo V, cuando en el extremo meridional de la ciudad griega, a extramuros de la misma existió un área sacra, probablemente utilizada como lugar neutral de encuentro entre los griegos y la población indígena circundante, integrada por un altar y un pozo junto a los cuales se edificó un templo, quiza consagrado a Artemis, del que conservamos elementos de su decoración arquitectónica y de su cubierta. A la primera pertenecen tres fragmentos de su acrótera, así como tres antefijas completas y los restos de casi una docena más. Gracias a los tres ejemplares completos podemos saber que estos elementos, a modo de *anthemion,* decoraban los aleros del tejado del templo en cuestión. Todas estas piezas fueron labradas utilizando una piedra caliza sedimentaria procedente del Languedoc, del tipo conocido como *pierre du Midi.* Resulta interesante observar que para elaborar estos elementos decorativos se desechó la piedra local, dura y difícil de trabajar, y que se prefirió una piedra blanda, extraída de canteras sitas en el territorio transpirenaico que *Emporion* controlaba, es decir, el comprendido entre la cordillera y el río Hérault.

No es posible saber si la piedra fue traída a *Emporion* para ser tallada a pie de obra, o si artesanos griegos la labraron en la misma cantera. La existencia de numerales en las antelas conservadas no es razón suficiente para pensar en la bondad de la segunda de estas suposiciones.

En todo caso, frente al hecho hasta ahora comprobado —por la falta de hallazgos— de la inexistencia de un arte

escultórico foceo en *Emporion* y su inmediata zona de influencia, estos elementos son la prueba fehaciente de la presencia, ya en el siglo V, y quizás antes, de unas maestranzas, locales o bien traídas exprofeso, no sólo capaces de elaborar los elementos decorativos de un templo, sino también, vista la calidad de sus productos, de dar cuerpo a cualquier elemento esculpido deseable.

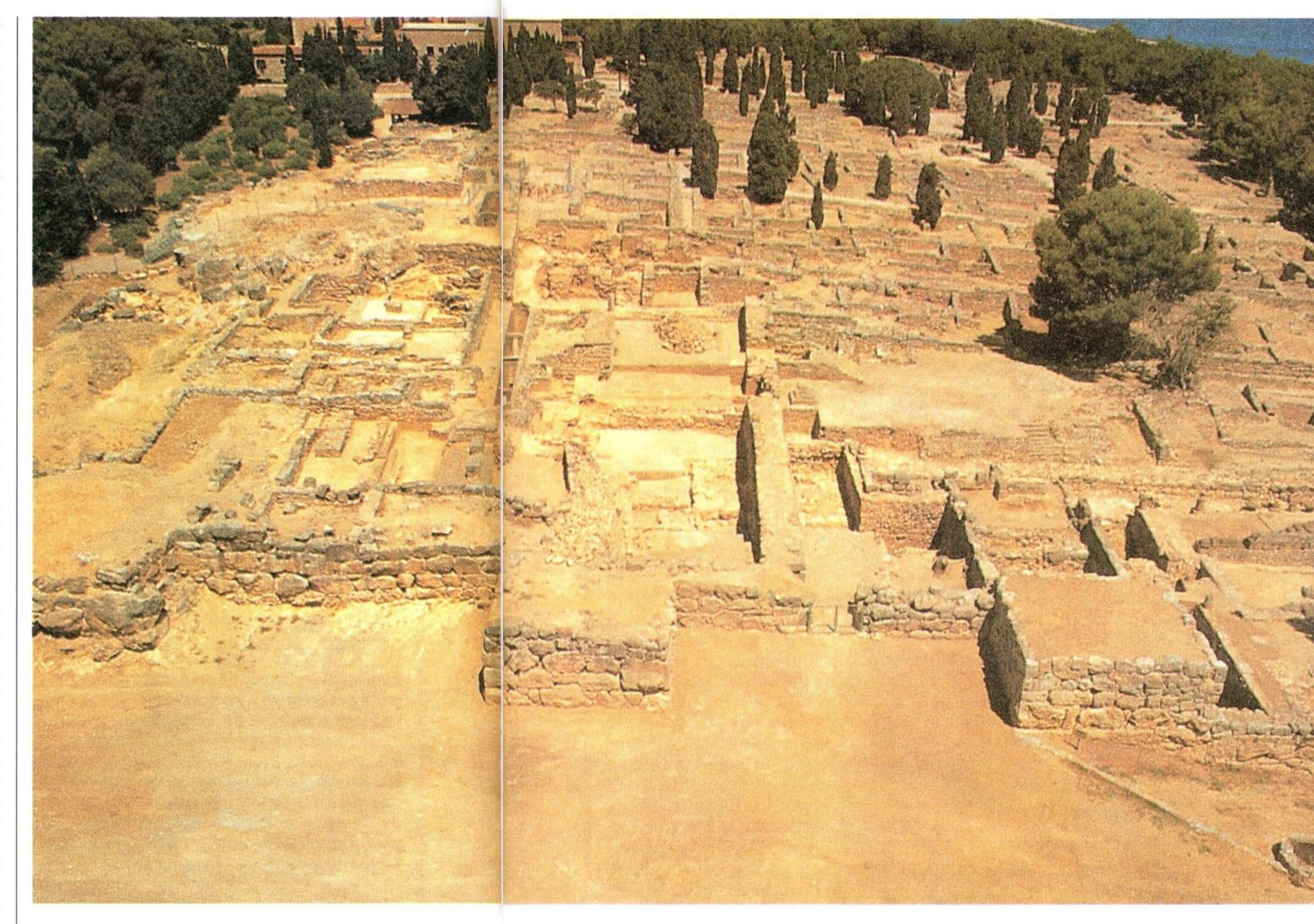
El conocimiento de la existencia de este templo primerizo nos viene dado de forma exclusiva por la recuperación de los elementos decorativos a los que nos estamos refiriendo, dado que el resto de su realidad material desapareció con motivo de la posterior edificación, en la primera mitad del siglo IV, y en el mismo solar que el primer templo ocupaba, de un santuario dedicado a Asklepio cuya vida se prolongó hasta la época imperial romana.

Elementos fundamentales de este nuevo santuario fueron el *oikos,* o morada de la divinidad, dedicado al dios de la Medicina, del que aún se conserva intacto el podio sobre el cual, en 1909, apareció el torso de la estatua de Asklepio y el altar que se levanta frente a aquél. Ambos edificios fueron construidos en la primera mitad del siglo IV y su creación fue contemporánea a la elevación de la nueva muralla meridional de la ciudad que alcanzó a encerrar por primera vez el área sacra en el interior del casco urbano. Estos cambios probablemente acaecieron en el mismo momento en que se produjo el sinecismo referido por Estrabón, cuyo resultado fue la emergencia de una remozada *polis* integradora en su seno tanto de los griegos colonizadores cuanto de los indígenas helenizados. Es fácil pensar que en la consecución de este objetivo de aproximación política, cultural e interétnica el primitivo santuario situado extramuros debió de jugar un papel de primera importancia.

Si en lo que atañe a la primera instalación religiosa nos hallamos por desgracia desprovistos de cualquier indicación que nos permita saber a qué divinidad estaba dedicado este complejo cultural, no ocurre lo mismo en lo que respecta al segundo santuario. Ello es debido al descubrimiento realizado en 1909 de la estatua del dios de la Medicina, hallada como es sabido en dos trozos: de una parte, el torso, recogido sobre el suelo del *oikos* propiamente dicho, y, de la otra, el resto del cuerpo, extraído del interior de una gran cisterna situada frente al templo en cuestión. Es importante señalar que la cronología de hacia el tercer cuarto del siglo IV que puede ser otorgada a esta obra compagina perfectamente con la que han proporcionado las excavaciones llevadas a cabo en el interior del *oikos,* dado que la fecha más reciente del material cerámico recogido corresponde a los comedios de dicho siglo.

La creación del nuevo santuario se enmarca, pues, en un momento durante el cual acaecen profundos cambios en la estructura político-social de la ciudad, mutaciones en su mayor parte debidas a la propia dinámica interna de las sociedades griega e ibérica locales, pero también a las grandes transformaciones a las que se vio sometido el mundo mediterráneo contemporáneo. Y entre éstas destaca de un modo muy especial la que experimentó la religión tradicional que, al dejar de satisfacer al individuo, obligó a éste a buscar el apaciguamiento de su alma y la salud de su cuerpo en nuevas formas de religiosidad mucho más intimistas y espirituales. De ahí la enorme irradiación de los santuarios dedicados a Asklepio —se calcula que hubo más de 200 repartidos a lo largo y a lo ancho del Mediterráneo— que partiendo de Epidauro florecieron en toda la *oikoumene.*

Por ello no ha de extrañar que en *Emporion,* ciudad abierta a los tráficos comerciales y a las influencias culturales mediterráneas, y puerto frecuentado por gentes portadoras del nuevo culto, situada al propio tiempo en un paraje malsano por encontrarse inmersa en un área palustre, pronto existie-



Zona sur de la ciudad griega. En primer plano, la muralla del siglo II a. C.; tras ella, los santuarios

ra un santuario dedicado a Asklepio y que este centro religioso se instalara precisamente allí donde desde mucho tiempo atrás existía un pozo, junto al cual había sido fundado el primer santuario emporitano.

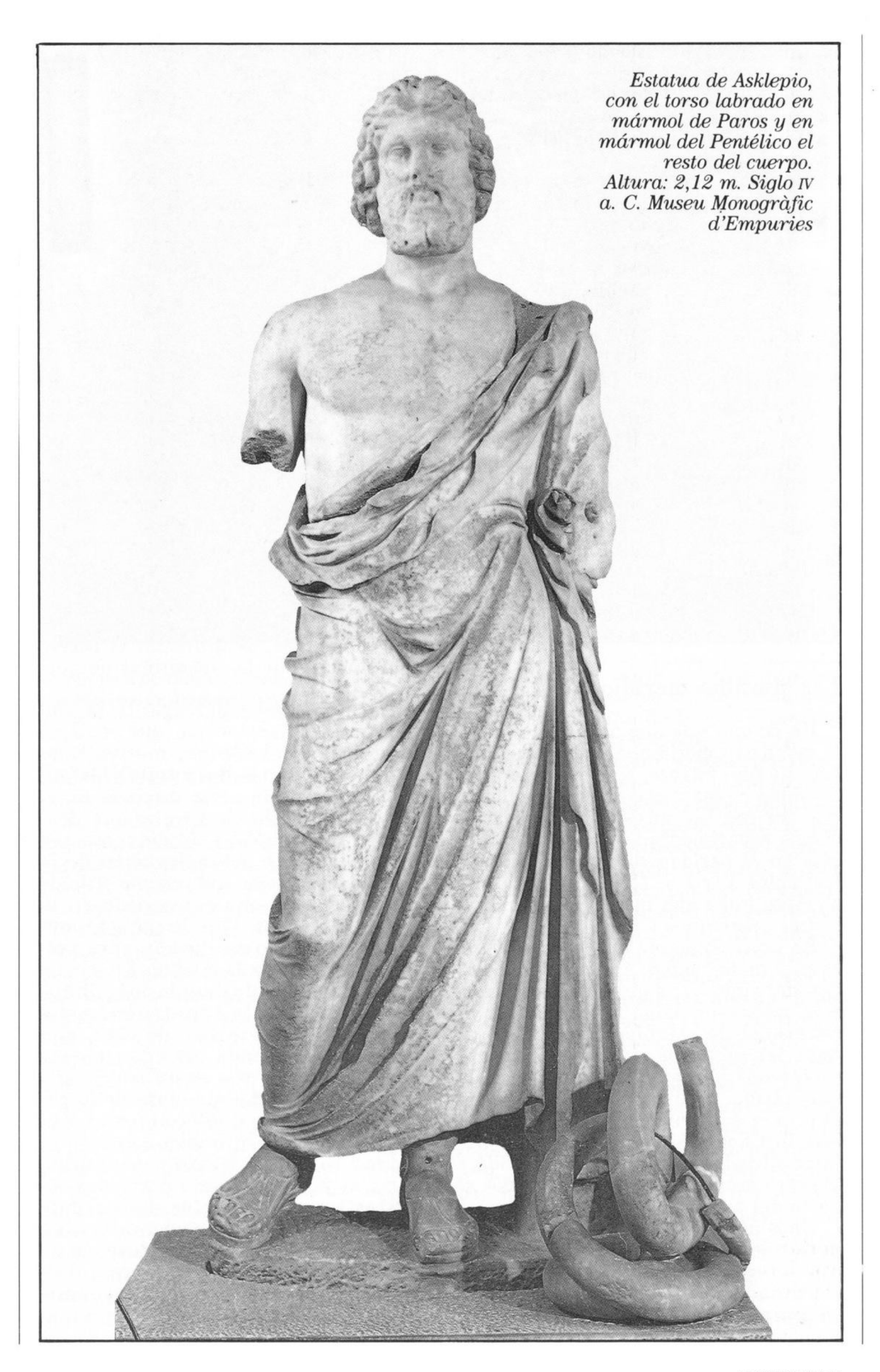
Sin duda, hemos de ver también en esta nueva creación un factor real de atracción de la población indígena, puesto que ¿qué otra cosa podía existir más eficaz, al tratarse de captar la benevolencia de un pueblo, que el ofrecerle los remedios lenitivos que le asegurasen no sólo la curación del cuerpo, sino también la pacificación de las almas? Por ello, ante el hallazgo junto al *oikos* del dios, en un contexto de pleno siglo lll, de un conjunto de exvotos anatómicos de arcilla que ofrecen el mismo aspecto que el que presenta la cerámica ibérica contemporánea y de vasos caliciformes miniaturizados de factura indígena, no podemos por menos que pensar en una muy probable utilización del santuario por parte también de la población indígena.

La estructura arquitectónica y urbanística del santuario se mantuvo inalterada hasta mediados del siglo II a. C., momento en que se llevó a cabo la transformación radical del acceso meridional a la ciudad para lo cual desmontaron la muralla del siglo IV, llevando la primera línea defensiva a unos 25 m por delante de aquella, con lo cual se obtuvo un espacio rectangular, cuyos lados largos se orientaban de este a oeste, ubicado entre ambos muros, en el que se edificó un *ábaton* es decir, el lugar donde los enfermos hallaban refugio y donde experimentaban el íncubo, o sueño sagrado inspirado por el dios. Estaba constituido por una galería porticada que rodeaba la plaza central y al pie de la cual corría una canalización, aún hoy conservada en parte, por la que discurría el agua lustral destinada a las prácticas terapéuticas inherentes a las actividades curativas del santuario. Asimismo, el aspecto del núcleo fundamental del santuario también fue modificado, de tal forma que junto al costado meridional del *oikos* de Asklepio se edificó un templo gemelo cuya pronaos se situó por encima del antiguo pozo, lo cual obligó —a fin de no cegarlo por causa del aterrazamiento— a disponer un tubo vertical y una nueva boca sobreelevada, asegurando así que la accesibilidad al agua quedara garantizada.

La nueva sistematización permaneció estable durante un siglo y no fue, pues, hasta la época cesariana o poco más tarde —no olvidemos que fue tras la muerte de César cuando se levantó en Roma, en el año 44 a. C., el primer templo dedicado a Isis y a Serapis—, cuando la situación se modificó notablemente con motivo de la introducción en *Emporion* de un nuevo culto llegado hasta aquí formando parte del acervo religioso y cultural de los comerciantes helenísticos orientales instalados en la ciudad, a la que acudían atraídos por el gran volumen de negocio que generaba la romanización de la Península.

Efectivamente, es en los comedios del siglo I a. C. cuando asistimos a la eclosión en *Emporion* del culto a Serapis —y quizás también a Isis—, el dios nacional del Egipto helenístico, cuyo santuario fue instalado en el mismo punto en el que hasta aquel momento funcionaba el *ábaton* del santuario de Asklepio. Para llevar a cabo tal transformación, los seguidores del dios —a cuya cabeza, según refiere una inscripción bilingüe, se encontraba un alejandrino llamado Numas, y a cuya liberalidad se debió la operación— levantaron un templo en el extremo norte de la gran plaza porticada, para lo cual hubieron de transformar el ala oeste del pórtico. La construcción de este templo *in antis,* de estilo dórico, tetrástilo y provisto de accesos laterales, recuerda sorprendentemente al de Isis en Pompeya, y, al igual que allí, el santuario emporitano cuenta por detrás del porticado situado en la cabecera del templo con una gran estancia que debió de servir de *ecclesiasterion,* es decir, la sala donde se reunían los fieles iniciados en los misterios isíacos.

Si el santuario estuvo también consagrado a Isis —lo cual es muy probable—, no lo sabemos a ciencia cierta; en cambio, su advocación a Serapis está plenamente comprobada, no sólo a causa de la existencia de la lápida bilingüe a la que hemos hecho ya mención sino también porque, a lo que parece, los pies de la estatua sedente del dios y la garra anterior izquierda del Can Cerbero que le acompañaba han llegado hasta nosotros permitiéndonos llevar a cabo la reconstrucción hipotética del grupo escultórico al que pertenecieron. Por otra parte, no es de extrañar que si alguna divinidad tenía que venir a



Estatua de Asklepio, con el torso labrado en mármol de Paros y en mármol del Pentélico el resto del cuerpo. Altura: 2,12 m. Siglo IV a. C. Museu Monogràfic d'Empuries

sustituir en este punto, al menos en parte, a Asklepio, ésta fuese Serapis, tanto más si se recuerda que este último también poseía el don de la curación y que, sin llegar a confundirse, ambos dioses compartieron numerosas funciones y atributos.

Desde el punto de vista de la topografía, la implantación del santuario en el lugar donde se encuentra situado, con el templo edificado a poco más de 100 m de la playa actual, es un aspecto a tomar en consideración a la hora de hipotetizar sobre si en el mismo hubo también un culto a Isis. En efecto, si tenemos presente la dimensión marítima de esta divinidad, entre cuyos epítetos figuran los de *Petunia* o *Euploia,* y recordamos que cada 5 de marzo se celebraban junto al mar los ritos propiciatorios presididos por la diosa que, tras la pausa invernal *(mare clausus),* festejaban la reapertura de la navegación para el año en curso, podemos inferir que en un santuario tan cercano a la playa también el culto a Isis debió de ser una realidad.

Las murallas meridionales

En cuanto a lo que atañe al complejo defensivo meridional cabe decir que éste no fue unívoco, sino sujeto a unos cambios cuyas motivaciones tuvieron que ver con las sucesivas transformaciones experimentadas por los santuarios en el período comprendido entre los siglos V y I a. C., de manera que siempre hubo una íntima relación dialéctica entre unos y otro.

Es lícito suponer que el paulatino avance de la ciudad, a partir de mediados del siglo VI, siguiendo una dirección norte-sur debió de comportar la necesidad de establecer sucesivas líneas defensivas de las que únicamente conocemos, y aun de forma precaria, la más tardía, a cuyos pies fue edificado el primer santuario, ya comentado. De esta fortificación sólo se identifica una torre situada a poniente de la ciudad y algunos jirones de su lienzo situados al norte del santuario de Asklepio.

Unos años más tarde, en la primera mitad del siglo IV a. C., coincidiendo con la reconversión del primer santuario situado extramuros en *Asklepieion,* se procedió a la sistematización de un nuevo complejo defensivo, que en parte aprovechó edificaciones del antiguo santuario para así conseguir, mediante la construcción complementaria de un nuevo lienzo dotado de tres torres y situado a unos 25 m por delante del más antiguo, un nuevo acceso a la aglomeración. Este consistía en una primera entrada en forma de L invertida desde la que se accedía a un recinto de forma trapezoidal, el cual, controlado desde todos sus lados, se convertía en una trampa mortal para quien lograra acceder a él tras franquear la primera puerta. Finalmente, al norte del recinto se hallaba ubicada la puerta que permitía acceder a la ciudad. Este complejo, a poniente del cual se hallaba ubicado el *Asklepieion,* permaneció inalterado hasta que en la segunda mitad del siglo III fue construido un segundo muro, mucho menos potente, por delante del lienzo con torres edificado en el siglo anterior. Este *proteichisma,* o parapeto antepuesto, fue probablemente construido con ocasión de la segunda guerra púnica y, de ser así, debió de tener el cometido, ante la posibilidad de un ataque cartaginés, de dificultar el acceso a la muralla de las máquinas de guerra.

Hacia mediados del siglo II, la ampliación del *Asklepieion,* que conllevó la creación del *ábaton,* motivó también la edificación del último y definitivo lienzo de la serie iniciada en el siglo V, para lo cual hubo que desmantelar la muralla de entonces con la consiguiente sobreelevación de la cota de circulación del terreno situado frente a la misma convertido en la plaza del *ábaton.* Pero la antigua muralla no cayó sin rendir aún unos postreros servicios a la ciudad. En efecto, si de una parte muchos de sus sillares sirvieron para la construcción del nuevo muro defensivo, de otra, ella misma, desmochada pero aún puesta parcialmente en pie, se utilizó a modo de cimentación del ala norte de la galería porticada que conformaba el nuevo *ábaton.* Un nuevo acceso a la ciudad tomó así forma, constituido por una puerta situada entre dos robustas torres cuadradas. Este frente de muralla permaneció inalterado hasta el fin de la ciudad, después de que en época de Augusto fuera unido, mediante una prolongación transversal, con la muralla de la ciudad romana.



Lécitos para perfumes hallados en las excavaciones de Ampurias (foto I.C.R.B.C.)

Los edificios civiles

El tejido urbano emporitano, que como veremos es pródigo en estructuras de tipo doméstico, lo es menos, si exceptuamos, claro está, los santuarios, en cuanto a lo que atañe a los edificios destinados a la vida comunitaria. Sin embargo, las antiguas excavaciones pusieron de manifiesto la existencia de un centro urbano helenístico compuesto por un *agora,* una *sota* y un mercado anexo, que constituyen un conjunto único en la arqueología peninsular de época clásica.

Los edificios que lo componen se hallan situados en el tercio septentrional de la ciudad, allí donde confluyen las dos vías principales de la misma y obedecen a un programa urbanístico realizado a mediados del siglo III a. C., para lo cual hubo que construir sobre los restos arrasados de un barrio anterior. Este conjunto ocupa menos de la mitad de una hectárea y se define como una plaza porticada de 52 x 40 m en cuyo costado norte se levanta una magnífica *stoa* de doble nave, probablemente de dos pisos, en cuyo fondo se hallan situadas una serie de estancias que se interpretan como *tabernae,* dos de las cuales poseen sendas cisternas. En el costado oeste de la plaza se conservan aún dos basamentos simples y uno doble, probables bases de altar, que evocan uno de los caracteres del *agora:* el religioso. El aspecto comercial queda puesto de manifiesto por la *stoa* y también por un pequeño mercado anexo a la plaza, situado junto a su ángulo suroeste, compuesto por una serie de *tabernae* de cuyos tejados procedía el agua de lluvia que alimentaba una gran cisterna pública situada en el centro del patio que ellas mismas delimitaban.

Este fue, sin duda, el centro neurálgico de la ciudad autónoma emporitana, allí donde, hasta la absorción de la misma por la ciudad romana, con la consiguiente promoción política de su foro, las instituciones de la *polis* tomaban las grandes decisiones que afectaban al cuerpo social de la ciudad.

La arquitectura doméstica

No poseemos prácticamente ninguna información acerca de cómo eran

las casas entre el siglo VI y el siglo lll a. C., pero por fortuna la información aumenta a partir del siglo ll, pues es a esta época a la que pertenece el tejido urbano destapado por las excavaciones llevadas a cabo en el primer tercio de nuestro siglo.

En la *Emporion* helenística dos tipos de casas tuvieron un desarrollo paralelo, inspirándose cada uno de ellos en dos tradiciones distintas. Por un lado, existen las casas llamadas *de peristilo,* que arrancan de una tradición propiamente griega; mientras que, del otro, hallamos las casas denominadas *de atrio,* cuya implantación se debe a las influencias itálicas actuantes a partir de la llegada de los romanos a la misma.

Las primeras son así llamadas porque la distribución del espacio se realiza alrededor de un jardín central rodeado de un porticado; en las segundas, en cambio, la distribución de las estancias se articula alrededor de una pieza sin tejado —el atrio— destinada a facilitar la entrada de la luz y del aire y en cuyo centro se ubica una alberca recogedora de las aguas pluviales que los tejados circundantes evacúan.

Las estancias de muchas de estas casas debieron estar pintadas, pero nada nos ha llegado al respecto; mientras que, en cambio, numerosos son los mosaicos de *opus signinum* que se han conservado, permitiéndonos ver la gran popularidad que alcanzó entre los emporitanos este sistema decorativo en los siglos II y X a. C. Dos de estos mosaicos poseen inscripciones en griego alusivas al *simpósion* o al genio protector de la casa, respectivamente.

Desde un punto de vista utilitario, si bien todas las casas emporitanas estuvieron dotadas de cisternas para el uso doméstico, hemos de pensar que éstas no fueron más que un complemento, pues el grueso del agua consumida procedía del río Fluvià que a la sazón desaguaba junto a la ciudad.

La escollera helenística

Es este monumento uno de los más emblemáticos de Ampurias, no sólo por su monumentalidad, sino también por el hecho de haberse hallado siempre visible y haber sido, por tanto, mudo y espectacular testigo del pasado esplendor de la ciudad.

Fue obra probablemente construida en el curso del siglo I a. C., mediante la utilización de una técnica mixta que aunaba el *opus quadratum* pétreo del forro —construido por enormes bloques ciclópeos—, con el *opus caementicium* —una mezcla de cal, arena y piedrecita— del alma interna del monumento. Algunos indicios apuntan a que, o bien se trata de una obra inacabada o bien que el tramo construido, que queda bruscamente interrumpido por su extremo sur, satisfacía las necesidades que motivaron su construcción. Mide el monumento 82 m de longitud, 6 m de anchura y su altura alcanza los 6,50 m.

Los habitantes de la *Paleopolis* enterraron a sus muertos en el paraje de El Portitxol, un lugar junto al mar situado un kilómetro al sur del establecimiento. Aparte de algunos objetos funerarios, apenas si sabemos nada de la configuración del cementerio por el hecho de que su excavación, llevada a cabo antes de 1908, fue realizada, sin ningún control científico, por los ingenieros forestales encargados de fijar las dunas costeras. Hoy sólo sabemos que el rito empleado fue el de la inhumación y que el uso del cementerio se inició a principios del siglo VI, abarcando luego buena parte del mismo.

Las necrópolis griega e indígena

A partir del último cuarto del siglo Vl los habitantes de *Emporion* empezaron a enterrarse al sur y al oeste de la ciudad, en las necrópolis Bonjoan, Mateu, Granada, Parking y Martí, en las que predomina el rito de la inhumación, si bien no faltan algunas incineraciones. En su inmensa mayoría se trata de tumbas muy sencillas, y por ello muy griegas, directamente excavadas en la tierra, en las que el cuerpo se colocaba sin ninguna protección especial acompañado de unos ajuares muy modestos que contrastan con las aparatosas manifestaciones de riqueza que en otros lugares aparecen en las tumbas indígenas contemporáneas. Lécitos y ungüentarios contenedores de aceites perfumados usados en la ceremonia fúnebre, algunas joyas simples, fíbulas, figurillas de terracota y tabas es cuanto podemos encontrar en estas tumbas específicamente griegas.

Mención especial merece la necrópolis de la Muralla N. E., situada frente

Cerámicas griegas de Ampurias, arriba, y pies de una estatua que, probablemente, representaba al Serapis emporitano, abajo (Museo Monográfico de Ampurias)



a la *Paleopolis,* en la que predomina el rito de la incineración, por lo que ha de ser considerada indígena, sobre todo si tenemos en cuenta que en sus ajuares los objetos metálicos no difieren en absoluto de los de las tumbas ibéricas contemporáneas del este peninsular y que los griegos, tal como lo demuestra el Portitxol contemporáneo, inhumaban.

Ampurias romana y medieval

La llegada de los romanos a *Emporion* en el 218 a. C. supuso un cambio radical para la antigua colonia focea, la cual, a pesar de haber gozado con toda probabilidad de un estatuto de ciudad federada —lo que equivalía a poseer una teórica libertad *de iure*, que, tal como hemos visto, le permitió transformar su muralla a mediados del siglo II—, no es menos cierto que, *de facto,* la colonia focea hubo de aceptar con seguridad recortes a su soberanía, siendo sin embargo su mayor ventaja la de no estar sometida a tributación alguna. Por otra parte, al poseer la ciudad el único puerto de esta parte del Mediterráneo, pronto convertido en base naval por parte de la república romana, se transformó aquella en el gran centro receptor y redistribuidor de los productos itálicos que el comercio romano vehiculaba hacia la Península, sobre todo durante el período comprendido entre el fin de la segunda guerra púnica y la elevación de *Tarraco* al rango de capital de la *Hispania Tarraconensis.* Esta situación trajo de forma ineluctable la necesidad de establecer junto a la ciudad griega una implantación militar romana permanente, hecho éste que tuvo lugar con ocasión de la presencia en *Emporion* del ejército romano que al mando del cónsul M. Porcio Catón fue mandado a Iberia el año 195 con la finalidad de sofocar la gran rebelión indígena de la Citerior iniciada dos años antes. Este *praesidium* o *propugnaculum,* del que conocemos unos pocos restos de su pretorio, tales como un tramo de su muralla, las cisternas que le aseguraban el suministro de agua potable y una parte del empedrado intramuros, no sólo garantizó la paz y el dominio de Roma en este punto estratégico, el primero que poseía con seguridad en el extremo meridional del golfo de León, sino que se convirtió en un factor de romanización hasta el extremo de dar origen a una ciudad doble, de planta campamental —es decir, un rectángulo de unos 300 x 700 m de lado— poblada por itálicos e indígenas ibéricos, respectivamente,

Físicamente divididos por un muro, cuya eclosión tuvo lugar en los años que giran en torno al 100 a. C.



Escollera helenística de Ampurias, probablemente del I a. C.

Durante el siglo I y hasta la época de Augusto, *Emporion* y la nueva dípolis italo-indígena vivieron independientes la una de la otra, hasta que durante el reinado de aquel, ambas ciudades —tras conseguir, primero los indígenas y luego los griegos, la ciudadanía romana— se fusionaron en un único municipio, denominado a partir de entonces *Emporiae,* e integrado por gentes de estirpe itálica, ibérica y griega.

A partir del siglo I d. C., tras la entera conquista de Iberia por Roma y la extinción del anteriormente floreciente comercio itálico, motivado por el hecho de que las provincias dejaron de ser im-

portadoras-consumidoras para convertirse en productoras-exportadoras, *Emporiae* dejó de contar entre las ciudades más dinámicas de esta parte de la Citerior, de forma que, suplantada por otras ciudades emergentes, principalmente *Tarraco,* la capital provincial, pero también por *Barcino,* pronto empezó a languidecer en la mediocridad.

A fines del siglo lll, la decadencia llegó a tal punto que el municipio, demográficamente disminuido e incapaz de subvenir a los gastos de conservación de una ciudad tan extensa, desertó de su *pomerium* trasladándose sus ciudadanos a la antigua sede de la *Paleopolis,* lugar donde la vida municipal continuó inalterada hasta la desaparición del Imperio e incluso después, gracias a la presencia de una sede episcopal que garantizó en épocas visigótica y altomedieval la continuidad histórica de la *Civitas Impuritana,* fórmula bajo la que aparece citada en los documentos conciliares de la época. Después del breve episodio que representó la presencia árabe en la Cataluña septentrional, Ampurias y su territorio fueron reconquistados por las tropas de Carlomagno (785), quien, en virtud del glorioso pasado de la ciudad y de su condición de sede episcopal, le asignó la capitalidad del condado del mismo nombre, siendo ésta una condición que la vieja ciudad mantuvo hasta el progresivo traslado de los condes, en el siglo Xl, a la vecina localidad de Castelló d'Empúries. Este desplazamiento tuvo lugar tras el aviso que supuso para su seguridad la destrucción a la que se vio sometida Ampurias en el año 935 a manos de una escuadra árabe fletada y enviada desde Almería por Abd Al-Rahman III.

La muralla

Es quizá uno de los monumentos más sugestivos de *Emporiae,* sobre todo en lo que atañe a su bien conservado tramo meridional, el cual nos permite comprender de una forma perfecta su modo de construcción. Fue levantada en torno al año 100 a. C. con una finalidad más bien delimitadora del *pomerium,* o territorio propiamente urbano de la ciudad, contrapuesto al *ager,* o territorio agrícola circundante, que defensiva. Su nula capacidad poliorcética se evidencia por su escasa altura, de unos 3 m por término medio, la ausencia de torres y la simplicidad de sus entradas, en absoluto fortificadas. En relación a estas últimas, hay que señalar que la principal, nada monumental dicho sea de pasada, se ubica en el centro del lienzo meridional y que en ella se origina el *kardo maximus* que conduce directamente al foro; mientras que la segunda, atípica, se encuentra situada en el ángulo suroeste y de ella se supone que parte una vía diagonal conducente también al complejo foral.

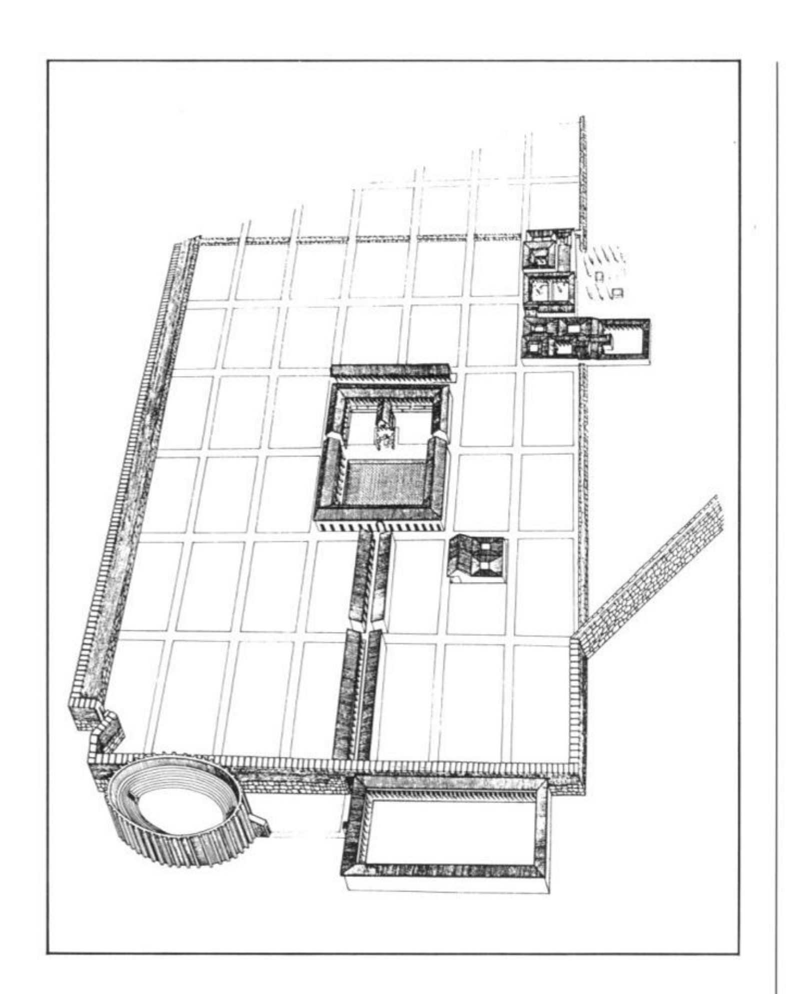
Su construcción se llevó a cabo sirviéndose de una técnica mixta que combina la utilización del *opus siliceum* en la base y el *opus caementicium* en la parte superior, sistema que permitía reducir los costos al precisar un menor uso de la piedra tallada. En su ejecución, primero se edificó un zócalo de doble paramento relleno de piedra y tierra, levantado mediante la utilización de sillares poligonales calizos cuyos frentes no desbastados traducen una voluntad de ahorro de trabajo; luego, por encima de aquel, se situó un segundo cuerpo de hormigón encofrado hecho a base de cal y de duna consolidada desmenuzada, posteriormente relleno con tierra y piedras.

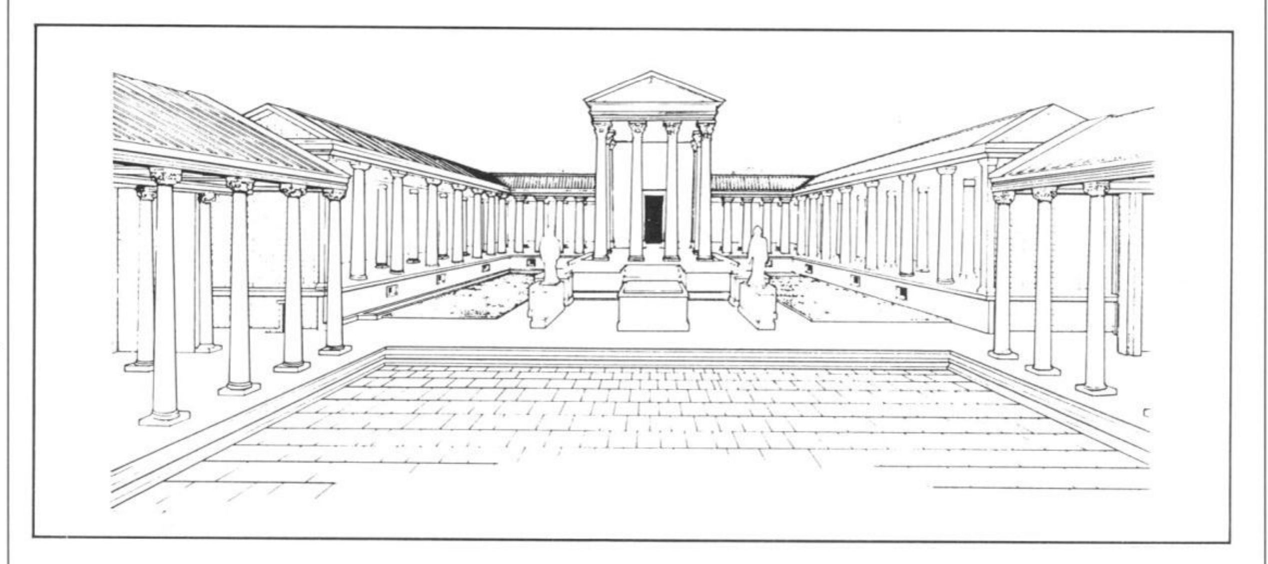
Desde el punto de vista de la conservación cabe decir que si el tramo meridional se mantuvo en aceptable estado fue porque, protegido por la duna por él mismo generada, permaneció en gran parte oculto, lo que impidió el saqueo de su parte pétrea. De los otros tres tramos, el de levante ya fue desmontado en época romana, inmediatamente después de la creación del municipio romano, al dejar de tener la función de limitar el *pomerium* por este lado. En cambio, los tramos septentrional y de poniente fueron lisa y llanamente saqueados ya desde el momento en que la ciudad fue abandonada. Desde un punto de vista estilístico y técnico, la muralla de *Emporiae* constituye un magnífico ejemplo extraitálico del uso del *opus siliceum* asociado al *opus caementicium,* propio de la poliorcética centroitálica de los dos últimos siglos republicanos.

La retícula urbana

El rectángulo determinado por el trazado de la muralla encierra un es-

Arriba, reconstrucción ideal de la ciudad romana de Ampurias. La muralla meridional mediría unos 300 metros; junto a ella, el anfiteatro. En ese lienzo defensivo se abría la puerta principal de la ciudad, que, tal como se observa, conducía hasta el foro (dibujo de Julio Ariza). Abajo, reconstrucción del foro augusteo en su sector Norte (dibujo de Julio Ariza, a partir de los datos proporcionados por las excavaciones de 1982)





pacio en el que se inscribe un conjunto de 63 *insulae* rectangulares orientadas de norte a sur y que miden 35 x 70 m, lo que equivale a 1 x 2 *actus* o a 120 x 240 pies romanos. Por los tratadistas agrarios romanos sabemos que eran éstas las medidas del *iugerum,* o unidad de superficie utilizada por los agrimensores en lo concerniente a la centuriación del territorio. De estas ínsulas, 42 corresponden a los dos tercios meridionales de la ciudad, mientras que al tercio septentrional pertenecen las 21 restantes, pues sabemos que estos dos bloques urbanos en tiempos republicanos estuvieron separados por un gran muro pétreo, hoy muy arrasado, que lleva una dirección este-oeste y que en cierto momento, probablemente en época augustea, le fueron practicadas al menos seis aberturas para dar con ello paso a otras tantas vías urbanas *(kardines)* hasta entonces interrumpidas por el mismo. Las vías principales, denominadas, respectivamente, *kardo maximus* y *decumanus maximus,* convergían en el foro de la ciudad y junto a su intersección se

levantaba el altar situado frente al templo capitolino. Las vías secundarias fueron trazadas de forma paralela tomando como ejes de referencia los de las dos vías principales, las cuales, a su vez, lo habían sido prolongando los del primitivo pretorio del antiguo *praesidium.*

El foro

En el centro de la porción meridional de la nueva ciudad, las superficies de cuatro *insulae* fueron reservadas con el fin de situar en ese espacio su centro político, religioso y comercial, es decir, el foro. La historia de este conjunto de monumentos es larga, pues su programa constructivo se prolongó a lo largo de más de un siglo.

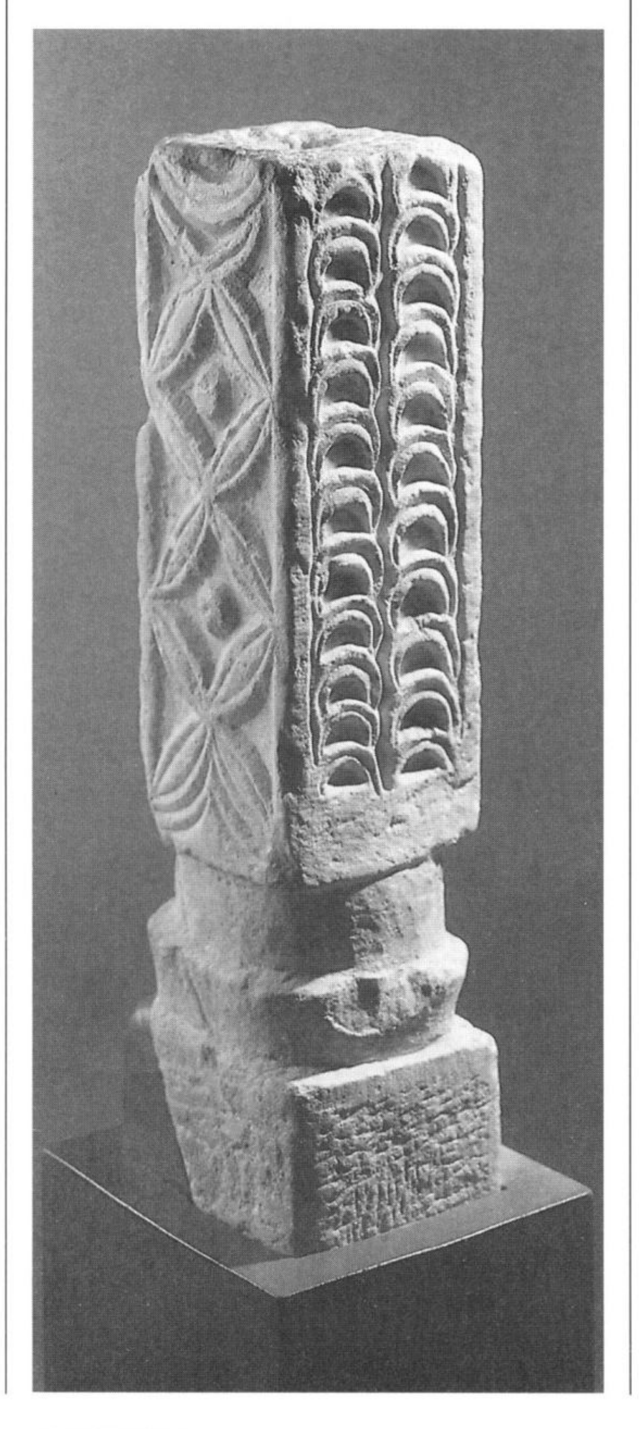
La construcción más antigua, de hacia principios del siglo I, corresponde a un conjunto templario situado al norte de la plaza floral *(area),* consistente en un templo de estilo corintio *in antis,* probablemente dedicado a la tríada capitolina (Júpiter, Juno y Minerva), próstilo, tetrástilo y pseudoperíptero, que se hallaba rodeado por un gran pórtico en forma de U invertida superpuesto a un subterráneo de planta idéntica a la del edificio superior, denominado criptopórtico. Este conjunto, calcado de esquemas centroitálicos contemporáneos, estuvo acompañado en el extremo meridional de la plaza por trece *tabernae* abiertas hacia el norte, que aseguraban la función comercial, sin que sepamos aún cómo se definían los costados laterales de la misma. El pórtico posterior al templo pudo probablemente haber servido de lugar de reunión e incluso de aula para la administración de justicia.

En época augustea, quizá coincidiendo con la eclosión del *municipium Emporiae,* el foro, cuyo templo ya había sido reformado en época postcesariana con la finalidad de adaptar su imagen a la del templo del Divo Julio en el Foro de Roma, experimentó cambios sustanciales consistentes en la construcción de una basílica —para cuya edificación hubo que ganar hacia el este unos 5 m de terreno en detri-



Puerta principal de entrada a la ciudad. Al fondo, el *cardo maximus,* que desde el Sur conducía hasta el foro

mento del *kardo* contiguo—; de una *curia-aedes augusti* en sus pies; de un par de pequeños templos equidistantes entre sí, dedicados al culto imperial y al de Roma y Augusto, respectivamente, levantados cerca de las dos entradas laterales a la plaza —uno de los cuales acaso pudiera ser el que costeó una tal Cornelia Prócula, quien, según refiere una inscripción de época augustea, desembolsó 40.000 sestercios, a los que uno de sus libertos tuvo que añadir 5.495 a fin de concluir la obra—; de nueve *tabernae* situadas en el costado oeste de esta última, así como, finalmente, de la galería porticada correspondiente a este mismo costado de la plaza. Con respecto a las *tabernae* republicanas hay que señalar que en este momento sus aberturas hacia el interior de la plaza fueron tapiadas y abiertos nuevos accesos hacia el sur, lo que equivale a decir que toda actividad comercial quedó circunscrita al ámbito externo del conjunto foral, tal como lo demuestra también la existencia de sendos *macella* situados tanto al norte como al sur del mismo.

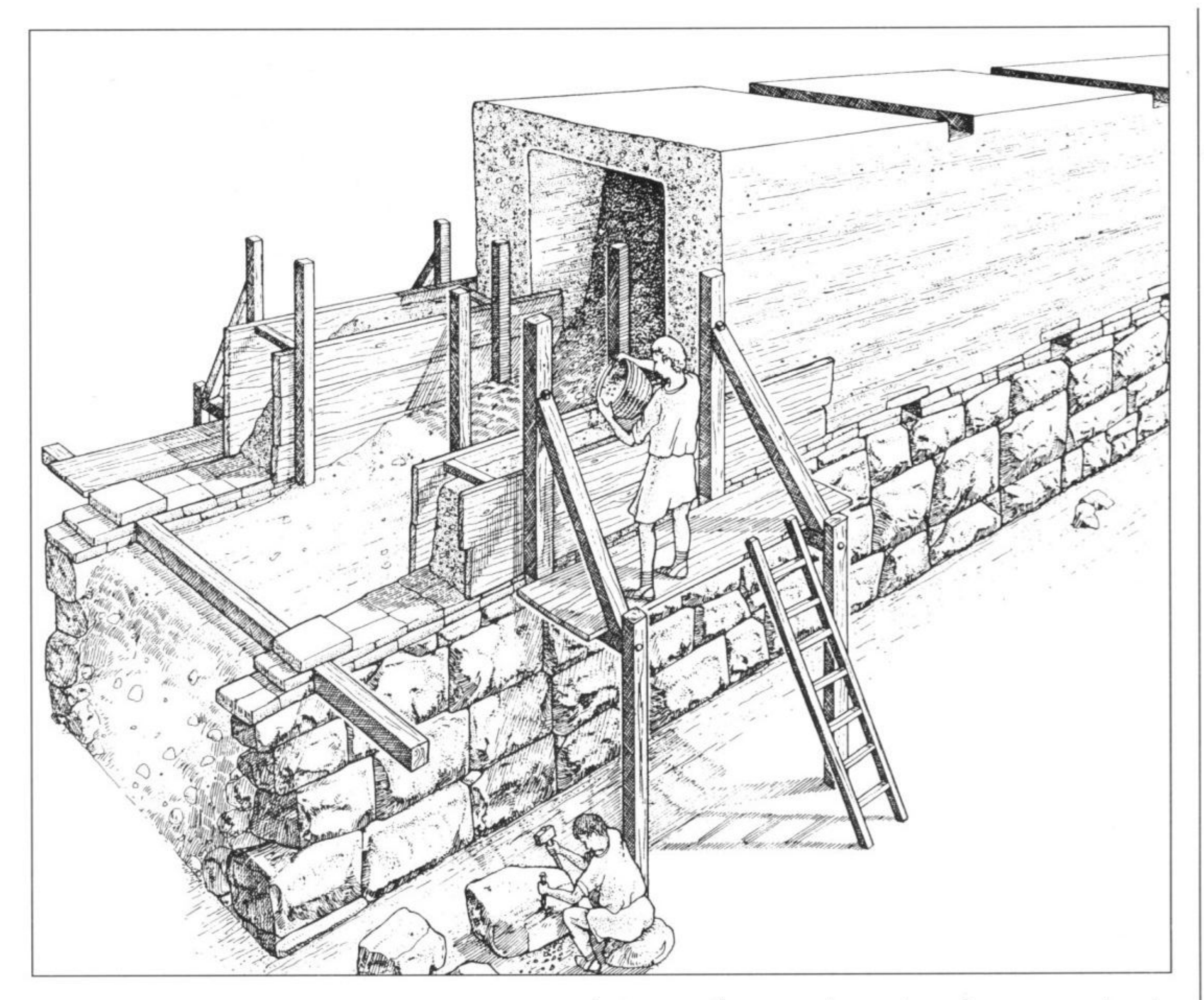


Más tarde, en el curso del siglo I d. C., una serie *de aedes,* en número de seis, fueron construidos en el límite meridional del área sacra, a ambos lados del altar, hasta configurar una auténtica pantalla que cubría la totalidad del frente. Por desgracia, sólo uno de ellos, que fue construido gracias a la liberalidad del magistrado Cayo Emilio Montano, ha podido ser identificado gracias a una inscripción que demuestra su advocación al culto de la diosa Tutela.

Pocos son los elementos artísticos y epigráficos proporcionados por la excavación del foro, de forma que sólo escasos fragmentos escultóricos dejan entrever la riqueza que en estatuaria estos monumentos, al igual que ocurre en otros lugares, debían poseer. Así, en el interior de la basílica, las huellas de cinco basamentos que sostendrían estatuas, prueban que éstas eran mucho más numerosas de lo que hoy podemos llegar a imaginar. Como elemento más destacado, sólo podemos traer a colación el hallazgo, detrás del templo principal, del cuerpo en mármol de un personaje masculino togado, fechable en el siglo I d. C., representando a un magistrado perteneciente al *ordo* municipal.

Las casas

Nuestro conocimiento de las casas emporitanas se halla reducido a la existencia de tres grandes *domus* situadas en el lado este de la ciudad, sobre el puerto. Se trata de grandes mansiones que siguen fielmente el esquema itálico de la casa de atrio complementada con peristilo y *hortus.* Tienen estas mansiones un origen republicano que remonta a la primera mitad del siglo I a. C., cuando los primeros habitantes recibieron sus lotes de terreno en los que construir sus vi-



Columnita de mármol decorada con temas vegetales y geométricos, probablemente visigótica del s. VII (izquierda). Composición que ilustra las técnicas utilizadas en la construcción de la muralla de la ciudad romana, según dibujo de Julio Ariza (arriba)

viendas, las cuales, ya en época imperial, experimentaron unas importantes ampliaciones, sobre todo en lo referente a los peristilos y a los jardines, acondicionados cuando la desafectación del tramo levantino de la muralla permitió ganar unos espacios suplementarios en el hasta entonces *no man's land* situado entre la aglomeración griega y la ciudad romana propiamente dicha.

Todas estas casas han sido bastante pródigas en lo que atañe a la obtención de datos sobre el nivel artístico de la *Emporiae* romana, por cuanto, al haber conservado sus mosaicos y estucos, así como una relativamente abundante escultura de tipo doméstico, nos permiten una aproximación bastante precisa al respecto.

En lo que atañe a la musivaria destacan los pavimentos de *opus signinum,* correspondientes a la primera fase republicana de estas casas, frecuentemente adornados con un emblema central de *opus vermiculatum,* entre los que sobresale el llamado *Sacrificio de Ifigenia,* hallado de forma clandestina en 1849 en la casa situada al noroeste del foro. A la época julio-claudia y flavia pertenece una buena serie de los mosaicos geométricos en blanco y negro, faltando casi completamente hasta ahora los mosaicos policromos posteriores al siglo I, de los que sólo conocemos un ejemplar ubicado en uno de los locales situados al este del foro. La pintura mural, dada la forma como estas casas fueron excavadas, la conocemos muy fragmentariamente, si bien ha sido posible determinar la existencia de unos interesantes conjuntos del Segundo Estilo, fechables en la primera mitad del siglo I a. C., asociados a pavimentos de *signinum.* A las ampliaciones de época julio-claudia pertenecen algunas pinturas del Tercer Estilo, sitas en estancias pavimentadas con mosaicos en blanco y negro.

En cuanto a la escultura, hemos de



recordar el retrato en mármol de una anciana en la que ciertos autores creen reconocer a la emperatriz Livia en sus años provectos, así como la magnífica testa en bronce de la antigua Colección Güell que representa a una matrona de época flavia. De menor calidad pero no por ello menos interesantes son, entre otros, el cuerpo de una ninfa acostada, la cabeza de un fauno, dos pilastras en forma de Hermes y varios *oscilla,* ejemplares todos ellos labrados en mármol.

El anfiteatro y la palestra

El anfiteatro se encuentra situado extramuros de la ciudad, prácticamente pegado a su muralla meridional, y constituye el único edificio público destinado a espectáculos, dado que hasta el día de hoy no ha sido posible documentar la existencia de un teatro. Se trata de un edificio cuyos ejes miden 93 x 44 m, muy simple, que fue edificado en época julio-claudia, en un momento en el que *Emporiae* empezaba ya a dar muestras de agotamiento. La endeblez de su fábrica, el uso seguro de la madera en la construcción de sus graderíos y absoluta ausencia de substrucciones de servicio, muestran que el monumento hubo de realizarse con una flagrante carestía de medios.

Por su parte, la palestra es un gimnasio de uso público construido gracias al evergetismo de Lucio Cecilio Macer, personaje de la oligarquía municipal que sucesivamente ocupó los cargos de *aedil* y de *duumvir* en un momento indeterminado de la primera mitad del siglo I d. C., según reza una inscripción procedente del foro en la que se dice que pagó de su peculio un *campus.* Se trata de un edificio que, al igual que en el anfiteatro, se encuentra situado extramuros de la aglomeración, compuesto por una arena rectangular de 100 m de largo por 55 de ancho, que se halla limitada por una galería porticada, cuyo arrasamiento impide saber en qué estilo fue edificada.



Izquierda, detalle de uno de los muros de la *domus* 2B. Derecha, aspecto que ofrece actualmente el anfiteatro emporitano desde el Este

La necrópolis romana más antigua documentada es la que se encuentra en la ladera norte del vecino cerro de Les Corts, situado al suroeste de la ciudad. Funcionó sobre todo durante los siglos II y I a. C. y se caracteriza por ser la única donde es posible reconocer la existencia de numerosas tumbas construidas.

Durante la época imperial, las necrópolis se sitúan en abanico en los aledaños de la nueva ciudad y también al sur de la antigua ciudad griega, donde se hallan documentados los restos muy estropeados de un par de monumentos funerarios, cuya presencia podría indicar que éstos fueron quizás mucho más numerosos de lo que a primera vista podría parecer.

A partir del traslado, en el último cuarto del siglo lll, del municipio a la sede de la antigua *Paleopolis,* la que fuera ciudad griega se transformó en necrópolis, ocupando esta ultima la práctica totalidad de la superficie antes habitada. Este enorme cementerio contó, a partir de los siglos IV o V. con la presencia de una *cella memoriae,* la mal llamada *basilica,* destinada a los actos litúrgicos relativos al culto funerario, que fue construida aprovechando los restos de construcciones del siglo I d. C. y de la que proceden dos importantes piezas arqueológicas: una *mensa* de altar del siglo IV y el famoso sarcófago llamado *de las Estaciones,* respectivamente, hoy conservados en el Museo Arqueológico de Gerona. Procedentes de ámbitos distintos a los de esta necrópolis son los restos de dos sarcófagos cristianos estrigilados producidos en talleres gálicos, fechables ambos en la segunda mitad del siglo VI, de los que se conservan dos fragmentos de sus respectivos frentes, hallado en la vecindad de las iglesias de Santa Margarita y Santa Magdalena, el primero, y en las cercanías de la ermita de Sant Vicenç, el segundo.

Una ciudad griega en Iberia

La presencia griega en el Levante parece tener sus orígenes, según indicábamos, en la necesidad de varaderos en la ruta de comunicación focea con Tarteso. Sin duda, el emporio de Argantonio podía alcanzarse a través de la ruta africana o por la denominada ruta de las islas, dibujada por una toponimia con sufijo *-oussa*, cuya cronología puede corresponder a los siglos VIII o VII. Sin embargo, nada impide suponer que, si los foceos a partir del año 600 están en Marsella y en Huelva desde algo antes, una ruta marítima uniera ambas áreas de intereses comerciales, tal y como aparece reflejado en el poema *Ora Maritima* de Avieno (siglo IV d.C., pero que recoge descripciones de la costa más o menos contemporáneas al momento al que ahora nos referimos). Es probable que en ese derrotero uno de los primeros establecimientos se situara precisamente en el lugar donde con posterioridad se erigiría la ciudad de Ampurias.

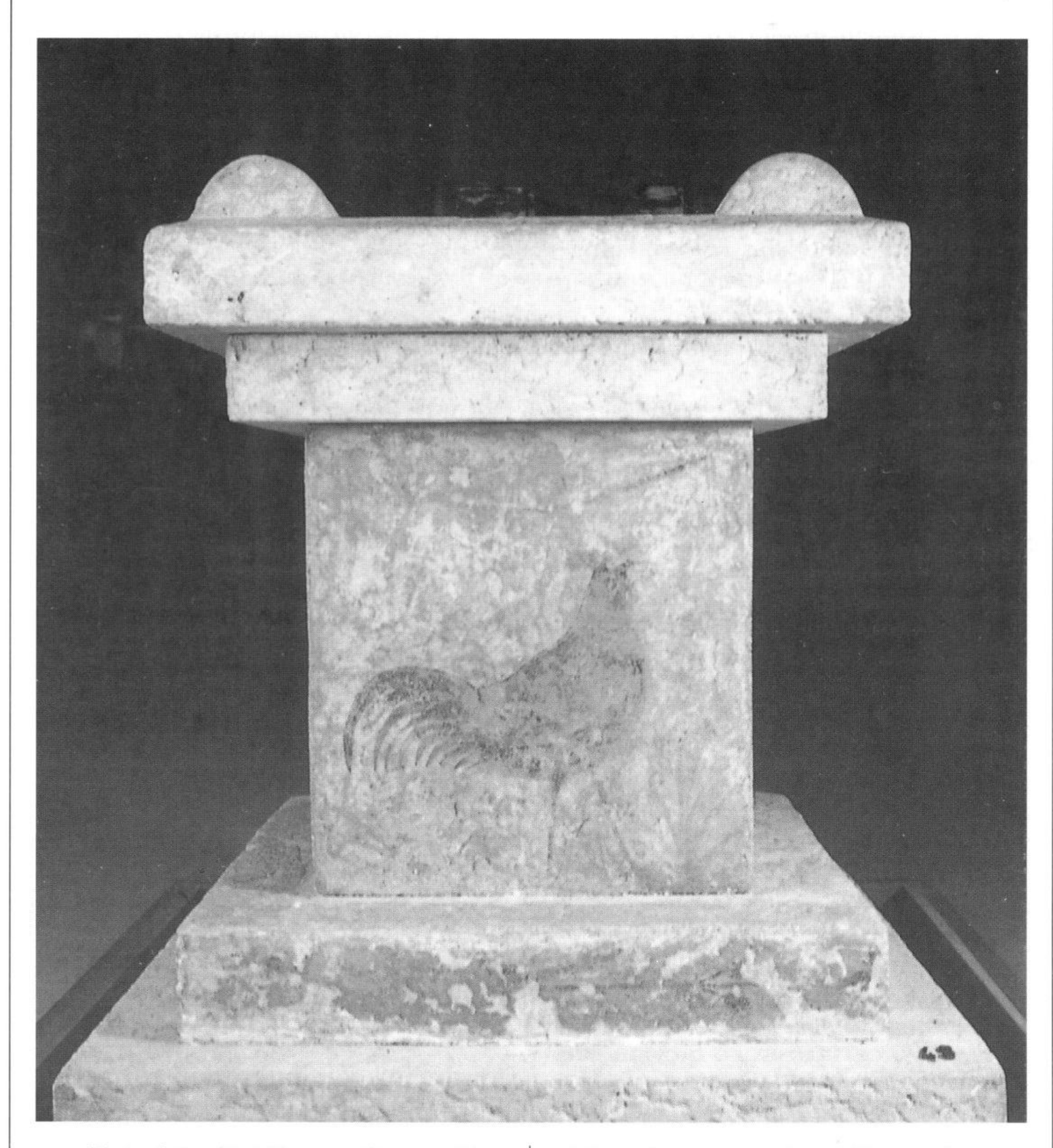
La Arqueología aún no ha podido despejar con seguridad en qué momento comenzó la ocupación griega. Tal vez los propios orígenes del establecimiento lo imposibiliten, pues la isla conocida como *Palaiápolis* constituiría una especie de puerto franco frecuentado por indígenas, fenicios, etruscos y foceos, hasta que estos últimos consiguieran hacerse con el control del lugar, coincidiendo con el predominio de la zona marítima del Golfo de León tras la fundación de Marsella hacia el año 600. La transformación del fondeadero en un establecimiento permanente tendría lugar hacia el año 575 o en una fecha algo más reciente, con el desplazamiento de la población desde la isla a tierra firme, situándose junto al poblado indígena de Indike, con el que mantuvo desde sus orígenes unas cordiales relaciones. La nueva aglomeración recibió el nombre de *Emporion*, suficientemente expresivo sobre su función económica. Es decir, aquellos parajes habían dejado de ser mero lugar de tránsito para convertirse en un espacio apropiado para las relaciones comerciales.

Sin embargo, la naturaleza del territorio no es demasiado clara sobre el objetivo buscado por los foceos. Probablemente, metales, a pesar de que la región no es muy rica en ellos, recursos agrícolas, aunque ignoremos la necesidad real que de ellos tuvieran los foceos, además sal y esparto, como en el Levante, y por último lino. A cambio de estos productos, Ampurias entrega cerámica griega, convirtiéndose así en el centro redistribuidor más importante del NE y, presumiblemente, desde allí se expediría también hacia el Levante y Mediodía durante la segunda mitad del siglo VI y buena parte del V. Pero junto a la cerámica los foceos de Ampurias hacen llegar al mundo indígena vino y aceite, provocando ciertos cambios conductuales en las aristocracias locales.

A la llegada de los foceos, la población indígena que explota aquellos parajes, los indígetas históricos, es heredera de las tradiciones del Bronce Final, aunque culturalmente pertenece a los llamados Campos de Urnas. Su sistema productivo, aún doméstico, no parece generar una riqueza apetecible para los navegantes orientales. No obstante, aquellas aguas eran seguramente frecuentadas también por fenicios y tal vez etruscos, cuyas actividades eran bien acogidas por los indígetas. Que las relaciones fueron amistosas se pone de manifiesto en el hecho de que muy pronto, hacia el año 550, los foceos pudieron trasladarse desde la isla a tierra firme, para disponer de mejores condiciones para el desarrollo de su ciudad que hubo de dotarse de murallas al haber perdido la defensa natural que imponía el mar.

Esta muralla no debe ser entendida como síntoma de hostilidad, sino que forma parte integrante del concepto urbanístico de la ciudad griega. De hecho, a lo largo del siglo V los indígetas se establecieron junto a la *Neápolis*, formando otra aglomeración contigua con autonomía administrativa, que logró mantener una existencia paralela a la localidad griega, fenómeno que explica la denominación de *dípolis* con la

Ara doméstica del peristilo de la *domus* 2A, con representación de un gallo. Altura, 97 cm, siglo I d. C. (Museo Monográfico de Ampurias)



que Estrabón (3.4.8) se refiere a *Emporion:*

[Emporion] fundación de los masaliotas... dista unos 40 estadios del monte Pirineo y de la frontera que separa la Iberia de la Céltica. Esta ciudad es también muy próspera desde cualquier punto que se la mire y posee un buen puerto. Allí se halla la pequeña villa de Rhode, cuyos habitantes proceden de Emporion, que fue fundada —dicen— por los rodios. En esta ciudad, al igual que sucede en Emporion, se adora a Artemisa de Efeso por una razón que reservamos para nuestro capítulo sobre Masalia. Antes, los emporitanos habitaban en una pequeña isla situada frente a la costa y que hoy lleva el nombre de ciudad vieja, pero actualmente viven en tierra firme. Se trata de una ciudad doble, separada en dos por un muro, donde antes hallaban refugio algunos indigetes vecinos, los que, a pesar de formar una comunidad polí-

tica diferenciada, querían tener un recinto común con los griegos por motivos de seguridad, un recinto doble separado por un muro medianero. Con el tiempo, se reunieron en una comunidad política en la que se mezclaban las leyes bárbaras y las griegas, como sucedió en muchos otros lugares.

(La traducción procede del libro de R. Marcet y E. Sanmartí, *Ampurias*, Barcelona, 1990, p. 9).

El texto es suficientemente explícito sobre el modelo de organización que había alcanzado Ampurias y cómo el recelo y la desconfianza no impedían una cohabitación que, sin embargo, con motivo de los enfrentamientos entre Roma y Cartago, se deteriora considerablemente según recordaremos más adelante con un texto complementario de Livio.

Sea como fuere, el aumento de las relaciones de intercambio durante las fases iniciales de la ciudad permitió su desarrollo demográfico y económico, que a su vez destinaba buena parte de su actividad a la explotación, junto a los indígetas, del territorio circundante. Buena prueba de la explotación de los recursos agrícolas la constituyen los campos de silos dispersos por muchos lugares del interior del Ampurdán. La abundancia de cerámicas áticas tanto de figuras rojas como de barniz negro y las imitaciones monetales ampuritanas —que siguen ejemplos áticos— parecen ser prueba suficiente de que en gran medida la producción agrícola era concentrada en Ampurias, desde donde se exportaría a Atenas.

Muy pronto Ampurias adquirió una fisonomía urbana, configurada por un rectángulo fortificado con un perímetro de unos 500 metros. Los espacios públicos se agruparon en la zona sur, mientras que los domésticos e industriales se situaron en el área del puerto.

Ampurias estuvo desde sus orígenes bajo el área de influencia de Marsella, la gran metrópoli focea de Occidente, y se ha discutido mucho sobre su capacidad para haber logrado en algún momento una auténtica independencia política y económica. Por ahora nada permite sospechar que Ampurias dispusiera de una constitución propia, único criterio, en rigor, determinante de la diferencia entre una *polis* y una aglomeración dependiente.

No obstante, la afirmación de Estrabón acotada anteriormente, según la cual se fundieron las leyes de los griegos y de los indígenas, ha permitido a algunos autores asumir que en realidad se refiere no a cualquier ley, sino a la constitución emporitana, fenómeno que quedaría avalado por las acuñaciones monetales en plata (tipo Auriol, o con la inscripción EM que garantiza la ciudad que respalda la emisión) realizadas a partir del siglo V y que continúan vigentes en los siglos siguientes, acompañadas de una floreciente actividad económica que se refleja en las continuas mejoras urbanísticas y en la afluencia de cerámicas griegas hasta la reorientación de sus intereses hacia Roma a partir del siglo III.

No podemos refutar esa hipótesis, pero hay otros investigadores que no encuentran suficientemente sólidos esos argumentos y que creen, en consecuencia, que sus relaciones políticas estarían supervisadas por magistrados masaliotas, siguiendo un conocido mecanismo de subcolonización, para impedir la autonomía y aparición de nuevas *poleis*, que desintegraran la red económica de Marsella. Al mismo tiempo estas subcolonias estaban sometidas a tributo en función de sus propios recursos y a obligaciones militares. Tal tipo de situación sugiere que se mantendría hasta el momento de la conquista romana, aunque quienes defienden la existencia de una constitución propia ven a lo largo del siglo V una relajación de la dependencia como consecuencia de un supuesto deterioro económico de Marsella, que tampoco es tan seguro como hasta ahora se creía, por lo que también este extremo se encuentra sometido a revisión.

Ampurias, yacimiento clave

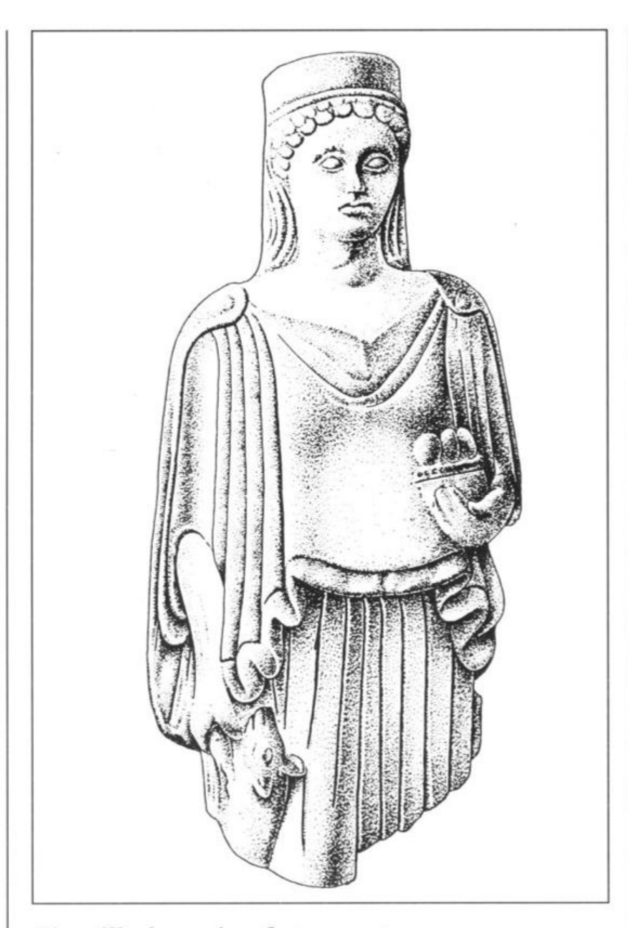
A nadie se le oculta, pues, que el yacimiento de Ampurias tiene un alto valor intrínseco como único centro, junto a la vecina ciudad de Rosas, asimismo dependiente de Marsella, de poblamiento griego con carácter de ciudad en el territorio peninsular.

Pero, al mismo tiempo, es preciso recordar que una aportación indiscutible de Ampurias es el influjo cultural que transmite al ámbito indígena a lo largo del proceso de iberización y de consolidación de la cultura ibérica. En

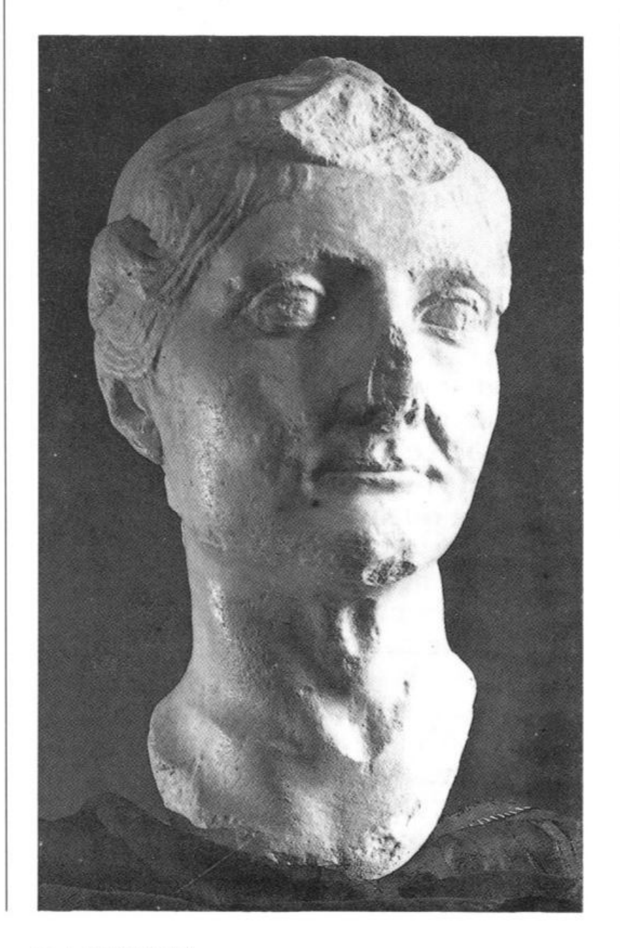


El sacrificio de Ifigenia, no consumado gracias a la intervención de Artemis. Detalle de un emblema construido en *opus vermiculatum*, 60 cm. de altura, siglo I a. C. (Museo Monográfico de Ampurias)

este sentido, es importante recordar cómo se deja sentir la presencia focea en el territorio circundante, magistralmente constatado en el yacimiento de Ullastret (Illa d'En Reixach), un enclave —cuyo nombre antiguo nos es desconocido y no creo probable su identificación con la Cípsela de Avieno— situado en una antigua isleta en una zona palustre con población ininterrupidamente desde el Bronce Final y que a partir de la primera mitad del siglo VI comienza a manifestar el influjo cultural procedente de Ampurias. Ya a finales de ese siglo comienzan a detectarse por la arqueología diferencias, tanto constructivas como en la cultura mueble, lo suficientemente intensas como para que aseguremos que el proceso de iberización se encuentra ya en una fase de desarrollo. En el siglo IV se opera una importante transformación, con el reacondicionamiento de las murallas y la introducción de torres cuadrangulares, que le proporciona su definitivo aspecto de *oppidum*, al mismo tiempo que aparecen otros nuevos *oppida*, como posible expresión del control territorial que ejerce Ampurias sobre su territorio, según el riguroso estudio de R. Plana.



Figurilla femenina de terracota, siglo V a. C. (dibujo de Julio Ariza, Museo Arqueológico de Barcelona). Cabeza romana hallada en Ampurias (abajo)



A finales del siglo III se aprecia, a su vez, una mejora en los sistemas defensivos de la Neápolis, seguramente vinculada al desencadenamiento de la Segunda Guerra Púnica. Entonces las relaciones con el entorno indígeta debieron verse empeoradas, según parece desprenderse de un texto de Livio, sustancialmente igual al de Estrabón antes citado, pero que introduce la variante de unas relaciones de extrema desconfianza (34.9.1, traducción de idéntica procedencia):

Emporiae comprendía por entonces dos ciudades separadas por una muralla. Una era habitada por griegos originarios de Focea, como los masaliotas; la otra, por hispánicos. La ciudad griega, abierta por el lado del mar, tenía una muralla que se extendía en total menos de 400 pasos, mientras que la de la ciudad hispánica, más alejada de la costa, tenía 3.000 pasos de longitud.

Emporiae también recibió una colonia romana que el divino César estableció allí después de la derrota de los hijos de Pompeyo. Estos tres pueblos se confunden hoy en uno solo. Primero los hispánicos y después los griegos se convirtieron en ciudadanos romanos.

Teniendo en cuenta que su ciudad estaba expuesta por un lado a las incursiones marítimas y por otro a los hispánicos —ese pueblo tan valiente y belicoso—, uno se pregunta con asombro qué era lo que podía asegurar la salvaguardia de los griegos. La protección de su debilidad consistía en esa disciplina que el temor de vecinos más peligrosos obliga a mantener. La parte de la muralla que miraba a los campos era mantenida en perfecto estado; no poseía más que una puerta por ese lado y siempre había en ella un magistrado para asegurar su vigilancia permanente. Por la noche, un tercio de los ciudadanos montaba guardia sobre la muralla, y no lo hacían por rutina o por respeto a la ley, sino con la misma diligencia que si el enemigo hubiese estado en las puertas de la ciudad.

Ningún hispánico era admitido en la ciudad, de donde ellos mismos no salían sin tomar precauciones: por donde les eran más fáciles las salidas era por el lado del mar. Jamás salían por la puerta encarada a la ciudad hispánica si no era en grupo: generalmente se trataba del tercio que había hecho guardia en la muralla durante la noche precedente. Lo que explica sus salidas eran

los provechosos intercambios que los hispánicos, que no tenían experiencia marítima, practicaban con ellos, deseosos como estaban de comprar también las mercancías extranjeras que sus vecinos griegos importaban en sus naves y de exportar los productos de sus campos. Este interés recíproco abría a los griegos la ciudad hispánica. Los griegos veían, además, un factor suplementario de seguridad en la amistad tutelar de Roma, bajo la que se ponían y que mantenían, aunque menos poderosos que los masaliotas, con la misma fidelidad que estos últimos.

Jaime Alvar

Bibliografía

Albertini, E., «Sculptures antiques du Conventus Tarraconensis», en *Annuari de l'Institut d'Estudis Catalans,* IV, 1911-1912, pp.323-474. Almagro Basch, M., *Las necrópolis de Ampurias,* 2 vols., Barcelona, 1953 y 1955. Almagro, M. y Kukahn, E., «El Asklepios de Ampurias», en *Ampurias,* XIX-XX, 1957-1958, pp. 1-30. Aquilué, J., Mar, R., Nolla, J. M., Ruiz de Arbulo y J., Sanmartí-Grego, E., «El fòrum romà d'Empúries», *Monografies Emporitanes,* VI, Barcelona, 1984. Balil, A., «Un ara pintada hallada en Ampurias», en *Archivo Español de Arqueología,* XXXV, 1962, pp. 117-123; «Tres emblemata ampuritanos», en *Archivo Español de Arqueología,* XXXIV, 1961, pp. 41-52; «Mosaicos romanos de la Hispania Citerior. Conventus Tarraconensis, fasc. I: Ager Emporitanus et Tarraconensis», *Studia Archeologica,* 12, Antiago de Compostela, 1971. Bosch-Gimpera, P. y Serra-Ràfols, J. de C., *Emporion,* Barcelona, 1929. Bosch-Gimpera, P., *L'art grec a Catalunya,* Barcelona, 1937. Casellas, R., «Les troballes escultòriques a les excavacions d'Empúries, en *Annuari de l'Institut d'Estudis Catalans,* III, 1909-1910, pp. 281-295. Cuadrado, E., «Las tumbas tumulares de Les Corts», en *Miscelánea Arqueológica. XXV Aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología en Ampurias (1947-1971),* tomo I, Barcelona, 1974, pp. 251-262. Elvira, M. A., «Sobre el original griego de un mosaico emporitano», en *Archivo Español de Arqueología,* 54, 1981, pp. 3-25. Fabre, G., Mayer, M., Rodà, I., *Inscriptions romaines de Catalogne, III. Gérone,* París, 1991. García y Bellido, A., «Espejo etrusco de Ampurias», en *Archivo Español de Arte y Arqueología,* 35, 1936, pp. 191-193; *Hispania Graeca,* Instituto Español de Estudios Mediterráneos, Barcelona, 1948; «El vaso puteolano de Ampurias» en *Archivo Español de Arqueología,* XXVII, 1954, pp. 212-226. Mar, R., Ruiz de Arbulo, J., «Sobre el ágora de *Emporion»,* en *Archivo Español de Arqueología,* 61, 1988, pp. 9-60; «El foro de Ampurias y las transformaciones augusteas de los foros de la Tarraconense», *Stadtbild und Ideologie. Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit, Kolloquium in Madrid vom 19. bis 23. October 1987,* München, 1990, pp. 154-164. Marcet, R., Sanmartí-Grego, E., *Empúries,* Barcelona, 1989. Nieto Prieto, F. J., «Repertorio de la pintura mural de Ampurias», en *Ampurias,* 41-42, 1979-1970, pp. 279-342. Olmos Romera, R., «Hdykoitos y Agathos Daimon. Inscripciones en dos mosaicos tardohelenísticos de Ampurias», *Actas de la Mesa Redonda Hispano Francesa sobre Mosaicos Romanos habida en Madrid en 1985,* Madrid,1989, pp. 43-65. Palol, P. de, *Arqueología cristiana de la España romana,* Madrid-Valladolid, 1967. Puig i Cadafalch, J., «Les excavacions d'Empuries. Estudi de la topografía», en *Annuari de l'Institut d'Estudis Catalans,* 1908, pp. 151-194. Rodà, I., «A propos de la sculpture grecque d'Emporion», Actes du XII[e] Congrès Internatinal d'Archéologie Classique, Athènes, 1983, Athènes, 1985, pp. 256-261.Sanmartí-Greco, E., «Identificació iconogràfica i possible atribució d'unes restes escultòriques trobades a la Neàpolis emporitana al *simulacrum* del Serapis *d'Emporion»,* Miscel-lània Arqueològica à Josep M. Recasens, Tarragona, 1992, pp. 145-154. Sanmartí-Grego, E, Castañer, P. y Tremoleda, J., «La secuencia históricotopográfica de las murallas del sector meridional de *Emporion»,* en *Madrider Mitteilungen,* 1988, pp. 191-200. Sanmartí-Grego, E., Castañer i Masoliver, P. y Tremoleda i Trilla, J., *«Emporion:* un ejemplo de monumentalización precoz en la Hispania republicana. (Los santuarios helenísticos de su sector meridional)», en el ya anteriormente citado *Stadtbild und Ideologie, Die Monumentalisierung hispanischer Städte zwischen Republik und Kaiserzeit, Kolloquium in Madrid vom 19. bis 23. October 1987,* München, 1990, pp. 117-114. Sanmartí-Grego, E., Nola, J. M., «La datation de la partie centrale du rempart méridional d'*Emporio* (L'Escala, Alt-Empordà, Catalogne)», en *Documents d'Archéologie Méridionale,* 9, 1986, pp. 81-110; *Empúries. Guia itinerària,* Barcelona, 1988. Santos Retolaza, M., «Distribucion y evolución de la vivienda urbana tardorepublicana y altoimperial en Ampurias», *La Casa Urbana Hispanorromana,* Zaragoza, 1991, pp. 19-34. Trías, G., *Cerámicas griegas de la Península Ibérica,* 2 vols., Valencia, 1967 y 1968.

Adelantar en una carretera convencional, en donde pueden aparecer vehículos en sentido contrario, es peligroso. Si no quieres correr riesgos innecesarios, sigue estas pautas.

1. *ANTES analiza la situación. Mantén una distancia de seguridad con el vehículo al que pretendes adelantar.* Observa *(adelante, atrás y el entorno). Selecciona una relación de marchas que te permita obtener una potencia y velocidad adecuadas.* Señaliza y desplázate de forma gradual.

2. *DURANTE el adelantamiento, mantén la separación lateral y la velocidad adecuada, aumentándola si fuera preciso, para sobrepasar al otro vehículo en el menor tiempo posible.*

3. *DESPUES* observa *por el retrovisor al vehículo adelantado,* señaliza y vuelve a tu carril de forma progresiva.

ANTE LA MAS MINIMA DUDA, ESPERA, NO ADELANTES. Y, SI YA LO HAS INICIADO, RECTIFICA Y VUELVE A TU CARRIL.



Dirección Gral. de Tráfico

Ministerio del Interior

